

V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en
Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos
Aires, Buenos Aires, 2013.

Percepción de la infidelidad en el Área Metropolitana de Buenos Aires.

Fuentes Cuiñas, Ana Alejandra.

Cita:

Fuentes Cuiñas, Ana Alejandra (2013). *Percepción de la infidelidad en el Área Metropolitana de Buenos Aires. V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-054/18>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/edbf/yPQ>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

PERCEPCIÓN DE LA INFIDELIDAD EN EL ÁREA METROPOLITANA DE BUENOS AIRES

Fuentes Cuiñas, Ana Alejandra
Universidad Argentina de la Empresa (UADE)

Resumen

Se trata de presentar los principales resultados de un estudio exploratorio orientado a comprender el modo en que la población del Área Metropolitana de Buenos Aires clasifica aspectos centrales del imaginario vinculado con la infidelidad en la pareja amorosa. Metodológicamente, el abordaje se concentró en tipificar a la población por medio de una taxonomía de conductas y de respuestas emocionales ante diversos tipos de infidelidad. Las conductas se organizaron de acuerdo con la Perceptions of Dating Infidelity Scale (Wilson et al., 2011), que distingue tres clases genéricas de conducta: por un lado, las ambiguas (conductas que no se asocian de forma clara con la infidelidad, pero en las que puede existir una posibilidad de traición); las explícitas (conductas típicamente asociadas a la infidelidad); y las engañosas (conductas que se llevan a cabo sin que exista conciencia por parte del/a compañero/a amoroso/a y que pueden implicar comportamientos infieles). En términos generales, se demostró que las conductas explícitas reciben una valoración más severa que el resto de conductas (esto es, se asocian de forma más intensa al concepto de la infidelidad). En segundo lugar, se encuentran las conductas ambiguas y, en tercer término, las engañosas. Esto es variable por género, creencias religiosas, nivel educativo y estado civil.

Palabras clave

Infidelidad, Percepción, Pareja, Amorosa, Vínculo, Sexual

Abstract

PERCEPTIONS OF INFIDELITY IN THE BUENOS AIRES METROPOLITAN AREA

The aim of this paper is to present the main results of an exploratory study oriented to understand the way in which the Buenos Aires Metropolitan Area population classifies central aspects of the imaginary related to the concept of infidelity. Methodologically, the approach was centered in categorizing the population through a behavior taxonomy and through emotional responses to different types of infidelity. Behaviors were organized according to the Perceptions of Dating Infidelity Scale (Wilson et al., 2011), which distinguishes three generic types: the ambiguous (behaviors which are not clearly associated with infidelity, but where the possibility of betrayal exists); the explicit (behaviors typically associated with infidelity) and the deceitful (behaviors which are performed without being conscious from the part of the loving partner and that can imply unfaithful behaviors). In general terms, the explicit behaviors were valued more severely than the rest (that means, they are associated more intensely to the infidelity concept). Secondly, were the ambiguous behaviors and thirdly, the deceitful. This varies according to gender, religious beliefs, educational level, and marital status.

Key words

Infidelity, Perception, Romantic, Couple, Sexual, Intercourse

Introducción

La *infidelidad* suele definirse como la falta de fidelidad, siendo 'lo fiel' aquello que guarda fe o que es constante en los afectos, en el cumplimiento de sus obligaciones y que no defrauda la confianza. De acuerdo con Hall (2006), la infidelidad es un acto sexual secreto, de carácter romántico o emocional, que viola el acuerdo de exclusividad en una relación. Según Platt, Nalbone, Casanova y Wetchler (2008), puede expresarse como la violación del contrato de exclusividad emocional o sexual asumido por una pareja, es decir, como aquella interacción emocional o sexual que pone en peligro la intimidad amorosa. Los vínculos sexuales extraconyugales son los actos más perjudiciales en una relación y, por ello, resultan extremadamente difíciles de tratar en las terapias de pareja (Fish, Pavkov, Wetchler, y Bercik 2012). Las relaciones románticas requieren de un nivel de compromiso que asegure su continuidad. La infidelidad, en este sentido, da lugar a reacciones emocionales que amenazan la estabilidad del vínculo (Cann, Magnum y Wells, 2001). En particular, en las relaciones amorosas de larga duración, la infidelidad conduce a riesgos en la salud (Bell, Molitor & Flynn, 1999) y es causa y/o consecuencia del deterioro vincular (Previti, & Amato, 2004). La infidelidad, en tanto, es una de las principales causas de rupturas matrimoniales y de vínculos amorosos (Vangelisti y Gerstenberger, 2004).

La infidelidad implica un problema significativo para muchas parejas, ya que el sexo extraconyugal es la principal causa de disolución vincular y matrimonial (Platt, Nalbone, Casanova y Wetchler, 2008; Miner y Shackelford, 2010). En el año 2011, se registró en Buenos Aires, Argentina, una tasa del 50,5% de divorcios, teniendo en cuenta la relación entre la cantidad de divorcios con sentencia firme y la cantidad de casamientos que se produjeron (Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2012). Esto implica un abrupto incremento en relación con el año 2000, en el que la tasa fue del 35,8% (Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2012).

De acuerdo con los estudios de Fitch y Ruggles (2000), la independencia laboral femenina ha dado lugar a mayores tasas de divorcios, en tanto que las mujeres ya no necesitan permanecer casadas por razones económicas, sociales y políticas (Coontz, 2005; Pinsky, 2002). Antes del siglo XIX, los matrimonios eran elegidos por la familia de los contrayentes, pero luego de la Revolución Industrial sus bases viraron hacia la realización personal y el amor (Coontz, 2005). Según Johnson (1999), en la actualidad, las mujeres se casan por razones personales y no necesariamente por imposiciones sociales. Esto hace que los matrimonios sean más inestables, porque, inevitablemente, en una gran parte de los casos, el amor tiende a desvanecerse con el tiempo (Kurdek, 1999). Al respecto, Campbell y Wright (2010) sostienen que los matrimonios basados en el amor y las opciones personales son más frágiles que aquellos basados en las relaciones sociales, la economía o las motivaciones políticas.

Hombres vs. mujeres: la perspectiva evolucionista

Según la *teoría de inversión parental* formulada por Trivers (1972), hombres y mujeres invierten diferentes cantidades de energía en la producción de sus genes. Por esta razón, reaccionan de diversas maneras ante mismas situaciones. Por ejemplo, mientras que los hombres dan mayor importancia a la cantidad de encuentros sexuales, las mujeres centran sus recursos en un número reducido de vínculos significativos. En este sentido, la *perspectiva evolucionista* sostiene que los hombres se sienten más preocupados por infidelidades de tipo sexual, mientras que las mujeres por las de tipo emocional (Buss, 1994; Buss, Larsen, Westen y Semmelroth, 1992; Buss, Shackelford, Kirkpatrick, Choe, Lim, Hasegawa, Hasegawa y Bennett, 1999). Asimismo, los hombres tienden a describir la infidelidad de un modo más sexual que emocional, mientras que las mujeres lo hacen de modo contrario (Glass y Wright, 1985).

La diversidad de reacciones entre hombres y mujeres ante el fenómeno de la infidelidad está directamente vinculada con los celos. Según Pinker (1997), uno de los módulos innatos específicos de la naturaleza dimórfica de la mente se encarga de resolver situaciones asociadas a los celos y permite reaccionar en forma emocional, cognitiva y conductual ante distintas clases de infidelidad. Los celos son mecanismos destinados a la conservación de la pareja y suelen ser, en tanto, una de las principales causas de disolución de vínculos amorosos (Buss y Shackelford, 1997). La mujer tiene siempre la certeza de que el hijo que espera es suyo, mientras que para el hombre esta seguridad no existe. En este sentido, puede explicarse la reacción emocional en los celos de las mujeres, en tanto que la infidelidad del hombre podría implicar un desvío de los recursos para la manutención de hijos que ha tenido con otras parejas. Por el contrario, los hombres mostrarían reacciones celosas de tipo sexual y no emocional, ya que la infidelidad femenina podría conducir a la posibilidad de que tuvieran que mantener descendientes que no fueran genéticamente suyos.

La perspectiva evolucionista, de corte biológico, ha sido complementada por la *hipótesis del doble shock*, de corte sociológico, formulada por Treger y Sprecher (2011). Esta hipótesis sostiene que hombres y mujeres perciben los modos de socialización de manera diferenciada. Las mujeres consideran que los hombres pueden mantener relaciones sexuales sin establecer vínculos emocionales; no obstante, conciben que si el hombre se vincula emocionalmente con una mujer, el vínculo será necesariamente más completo y duradero. Por este motivo, las mujeres se sienten más amenazadas por una infidelidad emocional y no por un engaño de tipo sexual. Por el contrario, los hombres suelen pensar que las mujeres pueden vincularse emocionalmente con un hombre sin que medie en ello una relación sexual y que mantendrán, además, un vínculo sexual solamente con aquellos hombres con los que hayan establecido un enlace emocional. Por ello, los hombres se sienten más amenazados por una infidelidad sexual y no por un engaño de tipo emocional. Los hombres son menos propensos a perdonar y a olvidar una infidelidad sexual y, por tanto, tienen mayor predisposición que las mujeres a disolver una relación sentimental por este motivo.

Sin embargo, más allá de las diferencias biológicas y sociológicas entre géneros, los resultados de las investigaciones de Canto Ortiz, García Leiva y Jacinto (2009) indican que las mujeres manifiestan, en general, una reacción más intensa que los hombres ante cualquier tipo de infidelidad amorosa. Al respecto, en una investigación realizada por Whitty (2003), en la que se puntuaron comportamientos de acuerdo con una escala gradual (desde 'no es considerado infidelidad' a 'extrema infidelidad'), las mujeres resultaron ser mucho más severas que los hombres. Asimismo, en un estudio llevado a cabo por

la Universidad de Granada, se demostró que los hombres se encuentran significativamente más preocupados por una infidelidad de tipo sexual mientras que las mujeres lo hacen por una infidelidad de tipo emocional (Fernández, Vera-Villarreal, Sierra y Zubeidat, 2007).

Una posible explicación que puede dar cuenta de esta diferencia de apreciación entre hombres y mujeres se vincula con la denominada *perspectiva sociohistórica*. Hasta la última mitad del siglo XX, la mujer y sus hijos dependieron económicamente del hombre. Su supervivencia económica dependía de su comportamiento sexual: un hombre no estaría dispuesto a costear los gastos de una mujer que demostrara explícitamente comportamientos sexuales hacia otros hombres, en tanto que esto acarrearía el riesgo de mantener a hijos concebidos por fuera del matrimonio. Las instituciones y leyes de las distintas sociedades a lo largo de la historia estuvieron alineadas en este sentido, siendo un ejemplo de ello los castigos que han recibido las mujeres adúlteras: desde la lapidación en la Antigüedad hasta el aislamiento en la Modernidad.

A pesar de que la forma de vida ha cambiado a un ritmo acelerado en los últimos 40 años, los valores morales no lo han hecho en la misma medida; por ello, las mujeres continuarían siendo más conservadoras que los hombres en su juicio acerca de la diversidad de conductas asociadas a la infidelidad, en especial en aquellas que son de carácter más explícito. Las mujeres, que han sido más duramente juzgadas por los mismos actos ejecutados por los hombres, juzgarían por consiguiente sus propios actos y los de sus compañeros masculinos de manera más severa.

Método

Seguidamente, se presenta un estudio exploratorio orientado a comprender el modo en que la población del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) clasifica aspectos centrales del imaginario vinculado con la *infidelidad en la pareja amorosa*. Metodológicamente, el abordaje se concentró en clasificar a la población por medio de una taxonomía de conductas y de respuestas emocionales ante diversos tipos de infidelidad amorosa. El trabajo de campo se abordó por medio de un muestreo aleatorio estratificado de la población del AMBA y se condujo a través de encuestas electrónicas autoadministradas. El universo de estudio está compuesto por hombres y mujeres de edad mayor o igual a los 18 años, de todos los estratos socioeconómicos, residentes en el AMBA (10.042.619). El marco muestral se compone por los habitantes del universo con acceso a una computadora, es decir, un total de 7.176.048 de habitantes, según datos del Censo 2010 Argentina. Se operó un abordaje muestral estratificado por género, edad, nivel educativo y estado civil.

Participantes

La muestra se compone de 600 sujetos del Área Metropolitana de Buenos Aires. La mayoría reside en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (56%), es soltera (52%) o casada (39%), y tiene un nivel educativo secundario (40%) o universitario (38%). El 72% es menor de 35 años y el 43%, menor de 25; el 50% es de sexo masculino y el 50%, del sexo femenino. El 75% se encuentra en una relación amorosa, el 47% convive con su pareja y el 28% vive en una casa distinta; en promedio, estas relaciones amorosas llevan entre 3 y 5 años de duración. En cuanto a las creencias religiosas, el 70% se define como creyente, de los cuales el 25% dice ser practicante. El 60% afirma no haber sido nunca infiel y más del 62% jamás haberse enterado de que hayan sido engañados.

Procedimiento

La percepción de la infidelidad puede medirse mediante la aprecia-

ción de conductas asociadas al imaginario de lo infiel. En este estudio, las conductas se organizaron de acuerdo con la *Perceptions of Dating Infidelity Scale* (Wilson *et al.*, 2011), que distingue tres clases genéricas de conducta: por un lado, las *ambiguas*: conductas que no se asocian de forma clara con la infidelidad, pero en las que puede existir una posibilidad de traición; las *explícitas*: conductas típicamente asociadas a la infidelidad; y las *engañosas*: conductas que se llevan a cabo sin que exista conciencia por parte del/a compañero/a amoroso/a y que pueden implicar comportamientos infieles.

El listado de conductas se generó a partir de la revisión de la literatura y de las investigaciones realizadas previamente, principalmente en Estados Unidos. Se reconocieron las siguientes conductas organizadas de acuerdo con la escala PDIS: ambiguas (*hacer una salida romántica, abrazarse emotivamente, bailar románticamente, intercambiar miradas cómplices, dar o recibir regalos interesadamente, vestirse deliberadamente para una salida*); explícitas (*tener sexo, dar o recibir sexo oral, pagar por sexo, besarse apasionadamente*); engañosas (*mirar pornografía, tener sexo virtual, fantasear, mentir, ocultar información, hablar por teléfono a escondidas, chatear sobre cuestiones íntimas, eliminar mensajes de texto en el celular, eliminar el historial de navegación en la computadora*).

Ficha de codificación

El cuestionario se dividió en tres conjuntos de preguntas. El primero se destinó a especificar dimensiones sociodemográficas (*género, edad, nivel educativo, estado civil*, etc.); el segundo, a solicitar una clasificación, según niveles de intensidad, de conductas asociadas a la infidelidad; el tercero, a indagar en determinadas respuestas emocionales ante situaciones hipotéticas específicas. Desde un punto de vista general, la herramienta se estructuró con arreglo a la detección de correlaciones entre características sociodemográfica y la clasificación subjetiva de conductas y respuestas emocionales en situación de engaño. La hipótesis de base es que diversos perfiles poseen escalas valorativas particulares y que perciben, por tanto, el imaginario de *lo infiel* de modos diferenciados. El objetivo, dado este esquema, radicó en identificar las variables de perfil que generan mayores diferencias de apreciación.

En el segundo segmento de la ficha, se listaron 19 conductas asociadas a la infidelidad. Con el objeto de medir grados de intensidad en su asociación al concepto de *lo infiel*, se aplicó una escala gradual destinada a dimensionar la intensidad asociativa. El sujeto entrevistado debió valorar cada conducta según *niveles de intensidad* a partir de una escala ordinal de cinco valores: del 1 ('baja intensidad') al 5 ('alta intensidad'). A mayor nivel de intensidad, mayor fuerza en la relación que se establece entre conducta y concepto. En la etapa de análisis, estos ítems se clasificaron de acuerdo con la *Perceptions of Dating Infidelity Scale*. El sentido del análisis, en este aspecto, radicó, por un lado, en identificar concurrencias estadísticamente significativas entre variables sociodemográficas y las tres clases de conductas y, por otro, en operar un análisis factorial exploratorio que permita corroborar la viabilidad de aplicar el modelo norteamericano a la población del AMBA.

En el tercer segmento de la ficha, se midieron respuestas emocionales ante situaciones hipotéticas de infidelidad a partir de la siguiente pregunta: *¿con quién le molestaría más que le fueran infiel?* Se indagó en respuestas vinculadas con aquellas reacciones asociadas al género. La pregunta requirió la indicación excluyente del grupo sexual que produciría mayor molestia en situación de infidelidad, esto es: 'con alguien del género opuesto al de mi pareja', 'con alguien del mismo género de mi pareja' o, en caso de indiferencia, 'es lo mismo'. El propósito del análisis consistió aquí

en reconocer concurrencias entre variables sociodemográficas y respuestas emocionales.

Resultados

Taxonomía de conductas

En términos generales, las conductas *explícitas* (conductas típicamente asociadas a la infidelidad) reciben una valoración más severa que el resto de las conductas. Asignar una valoración más severa significa, en este contexto, que las conductas se asocian de forma más intensa al concepto de la infidelidad. En segundo lugar, se encuentran las conductas *ambiguas* (conductas que no se asocian de forma clara con la infidelidad, pero en las que puede existir una posibilidad de traición) y, en tercer término, las conductas *engañosas* (conductas que se llevan a cabo sin que exista conciencia por parte del compañero amoroso y que pueden implicar comportamientos infieles). En una escala del 1 al 5, siendo 1 'baja intensidad' y 5 'alta intensidad', las conductas *explícitas* se acercan a un promedio de 4,38; las *ambiguas*, de 3,19; y las *engañosas*, de 3,04.

Gráfico 1. Taxonomía de conductas de acuerdo con la *Perceptions of Dating Infidelity Scale* (Wilson *et al.*, 2011).

En la comparación de medias entre las tres clases de conductas, las siguientes variables sociodemográficas resultaron significativas en pruebas de *Chi Cuadrado*: el *género*, las *creencias religiosas*, el *nivel educativo*, las *prácticas de propia infidelidad*, el *estado civil* y la *edad*. Respecto de las diferencias de apreciación por *género*, las mujeres tienden a ser más severas respecto de cualquier clasificación. En particular, clasifican las conductas engañosas de manera más intensa que los hombres ($\alpha=0,024$). En cuanto a las *creencias religiosas*, los sujetos creyentes y practicantes muestran una tendencia a mayores niveles de severidad en la clasificación de conductas ($\alpha=0,001$). Sin embargo, respecto de las conductas engañosas, los individuos no creyentes tienen una visión más estricta que los creyentes, sean o no practicantes ($\alpha=0,013$). A mayor *nivel educativo*, mayor intensidad en la clasificación de conductas ($\alpha=0,016$); en particular, los sujetos universitarios son más severos en la percepción de cualquier tipo de conducta ($\alpha=0,012$). En cuanto a *prácticas de propia infidelidad*, los individuos que nunca fueron infieles se mostraron más estrictos que quienes alguna vez lo fueron, haya sido algo circunstancial o duradero ($\alpha=0,01$). Los sujetos que tuvieron relaciones amorosas paralelas son más severos en la clasificación de las conductas engañosas que el resto de los individuos ($\alpha=0,021$). En cuanto al *estado civil*, los sujetos divorciados son más severos ($\alpha=0,014$), en especial, respecto de las conductas ambiguas y engañosas. Los individuos solteros y los casados mostraron apreciaciones similares. No se detectaron diferencias significativas por *grupo etario*. Sin embargo, puede reconocerse una tendencia a que los individuos mayores de 35 años clasifiquen de manera más severa las conductas ambiguas y de manera más permisiva las explícitas ($\alpha=0,045$).

Respuestas emocionales ante situaciones de infidelidad

En cuanto a la asociación entre infidelidad y género, el 54% respondió que le daría lo mismo ser engañado con un hombre que con una mujer; el 36%, que le molestaría más ser engañados con alguien del género opuesto al de su pareja; y el 10% restante, con alguien del mismo género. En los cruces por pruebas de *Chi Cuadrado*, se detectaron relaciones significativas con cinco variables sociodemo-

gráficas: la *edad*, el *estado civil*, el *sexo*, el *estado no civil* (situación de relación amorosa) y las *prácticas de propia infidelidad*.

Respecto de la *edad*, a los individuos de menores de 35 años les molestaría más ser engañados con una persona de su propio género; conforme aumenta la edad (mayores de 36), el género resulta ser un factor irrelevante ($\alpha=0,0001$). Respecto del *estado civil*, a los individuos solteros les molestaría más ser engañados con una persona de su mismo género; a los casados y divorciados, les resulta indistinto ($\alpha=0,0001$). Respecto del *sexo*, a los hombres les molestaría más ser engañados con una persona de su mismo género; a las mujeres, les resulta indistinto ($\alpha=0,0001$). Acerca del *nivel educativo*, a los individuos con menor acceso a educación, les molestaría más ser engañados con personas de su mismo género; a aquellos con mayor nivel educativo (universitarios), les resulta indistinto ($\alpha=0,017$). En cuanto al *estado no civil*, a los individuos que no se encuentran actualmente en una relación amorosa, les molestaría más ser engañados con una persona de su mismo género; a los que están en una relación y conviven con su pareja, les resulta indistinto ($\alpha=0,001$). Finalmente, respecto de las *prácticas de propia infidelidad*, los individuos que fueron infieles alguna vez se sentirían más molestos al ser engañados por alguien de su mismo género; a los individuos que nunca fueron infieles, les resulta indistinto ($\alpha=0,050$).

Discusión

Las mujeres tienen una visión más severa que los hombres en cuanto al vínculo que establecen entre el concepto de la infidelidad y conductas de diversa clase, en particular: 'pagar por sexo', 'tener sexo virtual', 'fantasear', 'chatear sobre cuestiones íntimas', 'ocultar información' y 'mirar pornografía'. Esto podría explicarse de acuerdo a lo afirmado por Symons (1979), quien realizó un estudio comparativo entre seres humanos y otros animales. De acuerdo con sus resultados, hombres y mujeres tienen experiencias distintas respecto del costo de reproducción de descendientes. Así, en una relación de largo plazo, las mujeres habrán invertido una mayor cantidad de recursos biológicos, lo cual puede llevarlas a sopesar las conductas de un modo más estricto (Buss y Schmitt, 1993).

Divorcio e independencia femenina

Los sujetos divorciados tienen una visión más estricta de la infidelidad, en particular respecto de las conductas ambiguas (*i.e.*, 'vestirse deliberadamente para una salida') y las engañosas (*i.e.*, 'eliminar el historial de la computadora'). Una posible hipótesis que explicaría por qué los sujetos divorciados son más severos respecto de este tipo de conductas es que estas personas han pasado previamente por un fracaso matrimonial. Esto las volvería más sensibles ante posibles signos de infidelidad de sus parejas o a la hora de evaluar sus propias conductas.

Por otro lado, aquellas personas que carecen de un compromiso civil consideran con mayor severidad el hecho de que su pareja mantenga relaciones sexuales con otra persona. Esto podría deberse a la falta de compromiso a nivel formal que existe en estas parejas, en las que el vínculo de exclusividad sexual representaría el único vínculo que justifica la unión amorosa.

Nivel educativo

La infidelidad masculina está asociada al nivel de ingresos, no siendo este el caso en las mujeres (Allen, Atkins, Baucom, Snyder y Gordon, 2005). Esto puede deberse a las mayores oportunidades de encuentros sexuales que ofrece el poder económico en los hombres. No obstante, los resultados demostraron ser contradictorios

con estos estudios. Hemos encontrado que, tanto en hombres como en mujeres, a mayor nivel educativo -suponemos que, a mayor nivel educativo, mayor nivel económico, existe mayor severidad en la forma en que se clasifican diversas conductas, a saber: 'hacer una salida romántica', 'mirar pornografía', 'hablar por teléfono a escondidas' y 'vestirse deliberadamente para una salida'. Una posible explicación es que las personas mejor educadas sopesan con mayor detalle las posibles implicancias de ciertas conductas respecto de su impacto en el futuro de la relación y, por ello, son más conservadoras a la hora de juzgarlas.

Creencias religiosas

De acuerdo con Bramlett y Mosher (2002), si los dos miembros de la pareja son religiosos o, al menos, uno de ellos lo es, es mayor la probabilidad de que el matrimonio se conserve en el tiempo. Una persona religiosa tiende a vincularse con una pareja de características similares y esta circunstancia se relaciona con una historia personal de fidelidad. Un alto nivel de religiosidad inhibe la infidelidad dado que, generalmente, estas personas son menos permisivas consigo mismas (Allen, Atkins, Baucom, Snyder, Gordon y Glass, 2005). Las creencias religiosas generan percepciones muy diversas respecto de distintas clases de conducta, a saber: 'hacer una salida romántica', 'abrazarse emotivamente', 'intercambiar miradas cómplices', 'pagar por sexo', 'mirar pornografía', 'tener sexo virtual', 'fantasear', 'hablar por teléfono a escondidas', 'dar o recibir regalos', 'chatear de cuestiones íntimas' y 'mentir'. En todos los casos, los sujetos creyentes, sean no practicantes, tienen una visión más estricta que aquellos no creyentes. Nuestra hipótesis en este caso es que las personas religiosas tienen valores morales más conservadores que aquellas que no practican la religión o que no creen en un Ser Superior. Por ejemplo, en las religiones judeocristianas, base común de muchas religiones, el valor de la fidelidad ocupa un lugar especialmente destacado al punto de conformar uno de los diez Mandamientos. De esta forma, existe una tradición religiosa muy fuerte en el juicio moral de aquellos actos asociados, más o menos directamente, con el concepto de la infidelidad. Teniendo en cuenta que la infidelidad es una de las principales causas de divorcio, esto podría explicar, asimismo, por qué los matrimonios en los que existe al menos una persona religiosa tienen mayores probabilidades de permanecer juntos.

Infidelidad 2.0

Las conductas sexuales mediadas por computadora son cada vez más frecuentes. Los temas vinculados al tópico sexual son los más consultados; por lo menos, doce millones de personas en el mundo utilizan Internet con fines sexuales. Dado que este tipo de experiencias no se asocia, en principio, con el contacto físico, no es simple determinar si ha tenido lugar una infidelidad. Por este motivo, algunas personas sostienen que este tipo de encuentros son meros ejercicios mentales (Hackathorn y Harvey 2011). Algunas conductas pueden ser descritas como sexuales (por ejemplo, tener sexo virtual o usar lenguaje erótico en una interacción por mensajería instantánea), o bien, puede clasificarse como conductas emocionales (por ejemplo, chatear acerca de cuestiones íntimas no sexuales).

Las mujeres consideran que los actos relacionados con la infidelidad vía Internet son más graves que los hombres (Docan-Morgan y Docan, 2007; Hackathorn y Harvey, 2011). En nuestro estudio, puede detectarse una tendencia a que las mujeres clasifiquen de manera más severa las conductas que implican el uso de Internet, a saber: 'tener sexo virtual' y 'chatear sobre cuestiones íntimas'. Así, del mismo modo en que son más conservadoras en la concepción

tradicional de la infidelidad, también lo son en cuanto a las nuevas posibilidades de interacción que se abren con Internet.

Molestia por parentesco

A los sujetos jóvenes y solteros les resultaría más molesto ser engañados con un/a amigo/a que con un familiar. A medida que aumenta la edad y los compromisos civiles, ocurre lo contrario y, finalmente, a mayor edad o en personas divorciadas, el tipo de vínculo no es una variable significativa. Esto puede explicarse en función del ciclo natural de la vida: en la adolescencia y en los primeros años de la juventud, los vínculos de amistad son importantes, ya que configuran los referentes exogámicos respecto de la familia de origen. No obstante, a medida que transcurre el tiempo y se consolidan las relaciones emocionales, se establecen vínculos más fuertes que derivan en la formación de una pareja estable e, incluso, de una familia. En estos casos, los familiares cercanos cobran un nuevo rol, muchas veces en detrimento de las amistades. Llegando a la cuarta década de la vida, las amistades vuelven a tomar un rol importante, viéndose fortalecidas por el tiempo y las experiencias vividas, al igual que las relaciones familiares. Es aquí cuando resulta igualmente doloroso que el engaño se lleve a cabo con un familiar o con un amigo.

Molestia por género

A las personas menores de 35 años les resultaría más molesto ser engañadas por una persona de su mismo género, siendo indistinto para el resto de los individuos. La asignación de diversos significados en función del segmento etario, se deriva de las características del sujeto que intercede en el vínculo amoroso entre dos personas. El atractivo físico, la juventud y la potencia sexual del adversario representan para los sujetos jóvenes una clara amenaza a su auto-concepto o valoración personal (DeSteno y Salovey, 1996; Dijkstra y Buunk, 1998). En un sentido similar, a los solteros les molestaría más ser engañados con personas de su mismo género, mientras que a los casados y divorciados les resulta indistinto. Estos datos son esperables y podrían explicarse en tanto que el rango de individuos menores de 35 años (con mayor probabilidad de ser solteros) es el más activo a nivel hormonal y, por tanto, alguien del mismo sexo se configura como potencial competidor sexual. Por el contrario, a medida que el individuo crece, las relaciones sexuales toman un lugar menos preponderante dentro de la relación y gana terreno la compañía mutua, es decir, el lazo emocional. En este caso, ya no resulta relevante con quién se produce el engaño, sino el hecho de que el vínculo en sí mismo se pierda.

Por otro lado, quienes se encuentran en una relación constituida son indiferentes respecto de con quién se produce la infidelidad, ya que, a fin de cuentas, se quebranta siempre lo mismo: el vínculo emocional. Por el contrario, quienes no se encuentran en una relación se reconocen en competencia con otros para formar una pareja y, por ello, pueden sentirse más vulnerables ante la idea de una infidelidad con una persona del mismo género.

Algo parecido sucede en cuanto a la diferencia entre hombres y mujeres: a los hombres les molestaría más ser engañados con una persona de su mismo sexo, mientras que a las mujeres les resulta indistinto. Antropológicamente, los hombres encuentran más perturbador la infidelidad sexual de su mujer con otro hombre, porque esto pone en peligro la certeza de la paternidad. Dado que las mujeres privilegian el vínculo emocional, cualquier tipo de infidelidad que configure una relación sentimental resulta igualmente perturbadora.

En otro orden, a las personas de menor nivel educativo les resultaría más molesto ser engañados con personas del mismo género,

mientras que a los de mayor nivel educacional (*i.e.*, universitarios) les resulta indistinto. Aquí podríamos indicar que las personas con menor nivel educativo tienden a racionalizar los vínculos con menor intensidad y, por ello, depositan sus expectativas en el rol sexual. Una persona del mismo sexo configura, en este sentido, una competencia directa. Los sujetos universitarios podrían contar, por el contrario, con una mayor cantidad de herramientas intelectuales y, también, con un mayor grado de racionalización a la hora de valorar la infidelidad. La jerarquización diferenciada entre lo sexual y lo intelectual se puede comprender a partir de la *teoría triárquica del amor* de Sternberg (1998), quien postula la existencia de tres componentes centrales en las relaciones adultas: la intimidad, la pasión y el compromiso personal. Sternberg sostiene que la interacción de estos tres componentes determina la duración y carácter de una relación. La *intimidad* se entiende como la capacidad de sentirse cerca del otro; la *pasión*, como la dimensión física y sexual del vínculo; y el *compromiso personal*, como la capacidad que tiene una persona para involucrarse en una relación duradera. La combinación entre intimidad y compromiso personal lleva a un amor compañero, que suele ser más duradero. Sternberg señala que, aunque la pasión acompañada de uno de los otros componentes suela ser el resultado de una relación inmadura e insensata, no es éste el verdadero problema a la hora de evaluar una infidelidad. Desde su perspectiva, la infidelidad se explica como resultado de una diferencia de jerarquía y de valoración en los componentes del amor: por ejemplo, que uno de los integrantes valore por encima de las otras el compromiso y, el otro, la pasión.

Por último, a las personas que ya han sido infieles les molestaría más ser engañados con alguien de su mismo género, mientras que a aquellos que no han sido infieles les resulta indistinto. Aquí, probablemente, nos encontremos con un efecto interesante: aquellos que han cometido infidelidad, seguramente, lo han hecho porque no tienen gran estima en la relación de pareja a nivel emocional. Es decir, le otorgan un mayor valor al vínculo sexual. De esta forma, encuentran que su mayor competidor es una persona del mismo género al suyo. Es común que el ingrediente del amor sea secundario en este escenario. El *affaire* (contacto sexual circunstancial) suele ser un apego romántico apasionado, por lo general poco duradero. Algunos sujetos consideran que estos vínculos sexuales aportan a la salud mental, que se alcanza en la medida en que se superan las restricciones morales (Pittman, 2000). Lo contrario sucedería con aquellos que no han sido infieles, de quienes podría suponerse que tienen una mayor estima por la relación emocional conformada con su pareja y, por tanto, es esperable que no asignen relevancia al género de la persona con la cual se comete la infidelidad: en cualquier caso, la traición es la misma.

Conclusiones

En líneas generales, puede afirmarse que las conductas *explícitas* reciben una valoración más severa que el resto de las conductas. Es decir, este tipo de conductas se asocia de forma más intensa al concepto de la infidelidad. En segundo lugar, se encuentran las *ambiguas* y, en tercer término, las *engañosas*. Esta clasificación es variable por género, creencias religiosas, nivel educativo y estado civil.

En particular, se observa una tendencia a que las mujeres clasifiquen de manera más severa todas las conductas. En igual sentido, las personas creyentes tienen una visión más estricta que aquellas no creyentes. Por otro, los sujetos divorciados y aquellos con mayor nivel educativo son asimismo más severos.

Contrariamente a lo esperado, no se detectaron diferencias significativas por edad. Sin embargo, se reconoció una tendencia a que los individuos mayores de 35 años clasifiquen de manera más severa las

conductas ambiguas y de manera más permisiva las explícitas. La apropiación de la *Perceptions of Dating Infidelity Scale* (Wilson *et al.*, 2011) para el caso del Área Metropolitana de Buenos Aires debería implicar el reconocimiento de patrones sociales específicos. Entre otros aspectos, el hecho de que en ámbitos latinoamericanos el contacto físico o afectivo no es considerado necesariamente sexual o índice de infidelidad. Esta adecuación deberá considerarse en futuras investigaciones.

BIBLIOGRAFIA

- Alicea, I. (1995) Sex, lies, & stereotypes. *Hispanic*, 8(1), 20.
- Allen, E.S., Atkins, D.C., Baucom, D.H., Snyder, D.K., Gordon, K.C. y Glass, S.P. (2005) Intrapersonal, interpersonal, and contextual factors in engaging in and responding to extramarital involvement. *Clinical Psychology: Science and Practice*, 12, 101-130.
- Bramlett, M.D. y Mosher, W.D. (2002) Cohabitation, marriage, divorce, and remarriage in the United States. *Vital Health Statistics*, 23, 1-103.
- Buss, D. (1992) Mate preference mechanism: consequences for partner choice and intrasexual competition. En J. H. Barkow, L. Cosmide y J. Tooby (Eds) *The adapted mind: Evolutionary Psychology and the Generation of Culture* (pp. 249-266) NuevaYork: Oxford University Press.
- Buss, D. (1994) *The evolution of desire: Strategies of human mating*. Nueva York: Basic Books.
- Buss, D.M., Larsen, R.J., Westen, D. y Semmelroth, J. (1992) Sex differences in jealousy: Evolution, physiology, and psychology. *Psychological Science*, 3, 251-255.
- Buss, D.M. y Schmitt, D.P. (1993) Sexual strategies theory: An evolutionary perspective on human mating. *Psychological Review*, 100, 201-232.
- Buss, D. y Shackelford, T.K. (1997) From vigilance to violence: Mate retention tactics in married couples. *Journal of Personality and Social Psychology*, 72, 346-361.
- Canto Ortiz, J.M., García Leiva, P. y Jacinto, L. (2009) Celos y emociones: Factores de la relación de pareja en la reacción ante la infidelidad. (Spanish) *Athenea Digital (Revista De Pensamiento E Investigación Social)*, 39-55.
- Campbell, K. y Wright, D.W. (2010) Marriage Today: Exploring the Incongruence Between Americans' Beliefs and Practices. *Journal Of Comparative Family Studies*, 41(3), 329-345.
- Cann, A., Mangum, J.L. y Wells, M. (2001) Distress in Response to Relationship Infidelity: The Roles of Gender and Attitudes About Relationships. *Journal Of Sex Research*, 38(3), 185-190.
- Coontz, S. (2005) *Marriage, a History: How love conquered marriage*. New York: Viking.
- Docan-Morgan, T. y Docan, C.A. (2007) Internet Infidelity: Double Standards and the Differing Views of Women and Men. *Communication Quarterly*, 55(3), 317-342. doi:10.1080/01463370701492519.
- Estep, H.M. y Olson, J.N. (2011) Parenting Style, Academic Dishonesty and infidelity in college students. *College Student Journal*, 45(4), 830-838.
- Fernandez, A., Vera-Villaruel, P., Sierra, J. & Zubeidat, I. (2007) Distress in Response to Emotional and Sexual Infidelity: Evidence of Evolved Gender Differences in Spanish Students. *Journal Of Psychology*, 141(1), 17-24.
- Fish, J.N., Pavkov, T. W., Wetchler, J.L. y Bercik, J. (2012) Characteristics of Those Who Participate in Infidelity: The Role of Adult Attachment and Differentiation in Extradynamic Experiences. *American Journal Of Family Therapy*, 40(3), 214-229. doi:10.1080/01926187.2011.601192.
- Fitch, C.A. y Ruggles, S. (2000) Historical trends in marriage formation: The United States 1850-1990, In L. J. Waite (Ed.), *The ties that bind: Perspectives on marriage and cohabitation* (pp. 59-88), New York: Aldine de Gruyter.
- Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires: "Los divorcios en la ciudad de Buenos Aires, Junio 2012" Informe de Resultados 508 (Junio 2012) Disponible en: http://estatico.buenosaires.gov.ar/areas/hacienda/sis_estadistico/ir_2012_508.pdf Consultado 27/07/12.
- Hackathorn, J.J. y Harvey, R.R. (2011) Sexual Double Standards: Bias in perceptions of Cyber-Infidelity. *Sexuality & Culture*, 15(1), 100-113. doi:10.1007/s12119-010-9082-x.
- Hall, J.H. y Fincham, F.D. (2006) Relationship dissolution following infidelity: the roles of attributions and forgiveness. *Journal of Social & Clinical Psychology*, 25(5), 508-522.
- Johnson, M.P. (1999) Personal, moral, and structural commitment to relationships: Experiences of choice and constraint. In J. M, Adams & W, H, Jones (Eds.), *Handbook on interpersonal commitment and relationship stability* (pp. 73-87), New York: Kluwer Academic/Plenum.
- Kurdek, L.A. (1999) Relationship outcomes and their predictors of the trajectory of change in marital, quality for husbands and wives over the first 10 years of marriage. *Developmental Psychology*, 35, 1283-1296.
- Martell, C.R., y Prince, S.E. (2005) Treating infidelity in same-sex couples. *Journal Of Clinical Psychology*, 61(11), 1429-1438. doi:10.1002/jclp.20192
- McAnulty, R.D. y Brineman, J.M. (2007) Infidelity in Dating Relationships. *Annual Review Of Sex Research*, 1894-114.
- Meyer, C. (2010) "Los nuevos psi". Buenos Aires: Sudamericana.
- Miner, E.J. y Shackelford, T.K. (2010) Mate attraction, retention and expulsion. *Psicothema*, 22(1), 9-14.
- Pinsof, W.M. (2002) The death of "till death do us part": The transformation of pair-bonding in the 20th century. *Family Process*, 41, 135-157.
- Pinker, S. (1997) *How the mind works*. Nueva York: Norton.
- Pittman, F. (2000) *Mentiras privadas*. Madrid: Amorrortu Editores.
- Platt, R.L., Nalbone, D.P., Casanova, G.M. & Wetchler, J.L. (2008) Parental Conflict and Infidelity as Predictors of Adult Children's Attachment Style and Infidelity. *American Journal Of Family Therapy*, 36(2), 149-161. doi:10.1080/01926180701236258
- Snyder, I.B., Duncan, S.F. & Larson, J.H. (2010) Assessing Perceived Marriage Education Needs and Interests among Latinos in a Select Western Community. *Journal of Comparative Family Studies*, 41(3), 347-367.
- Sternberg, R. (1988) *"The triangle of love"*. Nueva York: Basic Books.
- Symons, D. (1979) *The evolution of human sexuality*. New York: Oxford University Press
- Treas, J. y Giesen, D. (2000) Sexual infidelity among married and cohabiting Americans. *Journal of Marriage and Family*, 62, 48-60.
- Treger, S. y Sprecher, S. (2011) The Influences of Sociosexuality and Attachment Style on Reactions to Emotional Versus Sexual Infidelity. *Journal Of Sex Research*, 48(5), 413-422. doi:10.1080/00224499.2010.516845
- Trivers, R.L. (1972) Parental investment and sexual selection. En B. Campbell (Ed) *Sexual selection and the descent of man* (pp. 136-179) Chicago: Adline.
- Vangelisti, A.L. y Gerstenberger, M. (2004) Communication and marital infidelity. En: J. Duncombe, K. Harrison, G. Allan, & D. Marsden (Eds.), *The state of affairs: Explorations in infidelity and commitment* (pp. 59-78) Mahwah, NJ: Erlbaum.